



# PRIMERA Y ÚLTIMA MISA DE LAMMENNAIS

Hugo Wast

Ale  andriæ  
.org

**Biblioteca de formación para católicos**

## **LA PRIMERA MISA DE LAMENNAIS<sup>1</sup>**

En esta Pascua de 1933 se ha cumplido silenciosamente el primer centenario de un drama que fue en su tiempo famoso, y que el mundo ha olvidado ya: la última misa de Lamennais.

Drama espiritual, que tuvo por teatro una conciencia, por actor la voluntad de un hombre, y por único espectador a Dios.

¿Qué sentimientos sacudían las entrañas del infortunado sacerdote, cuando por última vez ascendió la grada de su pobre altarcito de la Chesnaie, revestido de los ornamentos de la Pascua? ¿Cómo latía su corazón cuando su mano marcada in aeternum por el sacerdocio consagró el pan y el vino, convirtiéndolos en el cuerpo de Cristo?

¿Había ya dejado de creer que la hostia, que luego alzaron sus manos trémulas, era la substancia de Dios, y que la copa contenía real y verdaderamente la sangre del Hijo de Dios?

¡No! Aquella alma grande y trágica nunca se habría rebajado a la comedia de celebrar una misa si no hubiese creído que detrás de las solemnes palabras latinas *hoc est enim corpus meum*, se realizaba el milagro que hace arrodillarse hasta a los ángeles en lo profundo de los cielos.

Lamennais creía ciertamente, pero su fe estaba ya herida en la raíz.

¿Quién la hirió?

El sacerdote, obligado por severa disciplina a una vida pura y apostólica, tiene que luchar constantemente con dos negros arcángeles: el orgullo y la carne.

Cuando acontece la apostasía de uno de esos hombres que han realizado en los altares el milagro de la consagración, no os fatiguéis preguntando contra qué dogma importante se rebela.

Buscad, mejor, la llaga del amor propio, oculta o visible.

O bien... *cherchez la femme*.

«Que siempre han de andar faldas en este negocio de herejías», dice Menéndez y Pelayo, hablando de la introducción del protestantismo en España.

¡No siempre! El caso Lamennais estuvo lejos de ser la comedia del padre Jacinto Loyson, que comenzó en el púlpito declamando contra la infalibilidad del Papa, y acabó en el Registro Civil.

Ciertos sabrosos riñones *a la brochette* que preparaba Mme. Merriman y que el pobre hombre, en su calidad de carmelita descalzo, no podía saborear sin faltar a las reglas, le quitaron la fe.

Ni durante el sacerdocio, ni después de su ruptura con Roma, hubo en la existencia de Lamennais epitalamios ni zarzuelas

---

<sup>1</sup> HUGO WAST, *Obras Completas*, Ediciones Fax, Madrid 1957, 1161-1164.

A la edad de 18 años, es verdad, se enamoró románticamente de una muchacha que lo desdeñó o, lo que es muy probable, nunca supo que él la amaba. Tuvo un duelo a florete por causas fútiles, en que ese amor no entró para nada, y con esto concluye la porción novelesca de su vida.

Nacido en Saint Malo en 1782, huérfano de madre a los seis años, indócil y desaplicado, costóle trabajo aprender a leer.

Un día, en castigo de una escapada, lo encierran en la biblioteca de su tío. Todos los escritores del siglo XVIII estaban allí: Rousseau, Diderot, Voltaire.

El desaplicado escolar abre un libro y lo devora. Desde ese día aquel rincón es su refugio habitual; y allí absorbe, con el gran estilo, la incredulidad de los filósofos.

Su fe católica es reemplazada por la fe del vicario saboyano. Cree en una religión natural, superior a las religiones positivas, que se dicen reveladas.

A los 22 años, desencantado de la filosofía, vuelve a la fe y a las prácticas religiosas. Recibe su primera comunión y le viene la idea de hacerse sacerdote, como su hermano Juan, poco mayor que él.

Publica sus primeras páginas en defensa de la religión y, ante el aplauso de sus lectores, siente la amarga mordedura del amor propio.

«Tenéis razón – escribe a un amigo sacerdote –; una sola línea, una sola palabra de San Francisco de Sales o de la *Imitación*, está muy por encima de estos folletos belicosos y tristes... ¡Dios mío! ¿Quién me ha arrojado a esta vía peligrosa? El orgullo, sí, el orgullo, lo reconozco y lo siento cada día. Rezad, mi querido hermano, por este miserable que debería sentirse, lo digo con toda sinceridad, lleno de confusión de haber pensado hacer oír su voz en la iglesia, él, a quien la iglesia antigua hubiera apenas admitido entre los penitentes... ¿Dónde me detendré yo?»

Esta carta es de 1809, cuando tenía 27 años.

De la misma época aparece otra: «¿Qué hay más miserable que esta rebelión de la naturaleza contra todo lo que la ata y la contradice? Me avergüenzo de ser tan erudito para hablar de la cruz, y tan cobarde para llevarla. Y me acuerdo de estas terribles palabras de Jesucristo: «No todos los que me dicen ¡Señor, Señor! entrarán en el reino de Dios.»

Tremenda interrogación la que nos formulamos aquí: ¿la vocación sacerdotal de Lamennais fue clara?

No hablamos de su sinceridad, que no se puede poner en duda. Pero si un hombre, en un ímpetu generoso o irreflexivo, echa sobre sus espaldas una carga superior a sus fuerzas, y sucumbe, no es sinceridad lo que le ha faltado, sino conocimiento exacto de su flaqueza.

«Si yo no escuchara más que mi gusto – escribe a su hermano en la época en que todos lo instaban a hacerse sacerdote –, huiría a los bosques. Allí, después de carreras fatigosas, me lleva siempre la imaginación como a un reposo. Que se haga la voluntad de Dios. Nada significa, después de todo, cómo pasará lo poco de vida que me resta. Temo que se equivoquen mucho creyendo que seré muy útil. Mi alma está gastada, lo siento cada día... ¡Pero qué me importa! No me opongo a nada; en todo consiento; que hagan de este cadáver lo que quieran».

Expresión de desaliento y de fatalismo, en vísperas de una resolución irrevocable.

¿Cómo sus consejeros no adivinaron que al desventurado joven le sobraba generosidad, pero le faltaba vocación?

Eran tiempos tristes para la Iglesia de Francia<sup>2</sup>.

Los sacerdotes, con laudable espíritu, trataban de aumentar sus filas. ¡Qué gloria para quien plegara la voluntad caprichosa de Feli de Lamennais y le arrancara la promesa irrevocable!

¡Qué magnífico soldado para las batallas de Dios, que pronto se librarían en aquel suelo todavía empapado por la impiedad y la sangre de la Revolución!

Feli de Lamennais se entregó a sus amigos con una docilidad generosa y desesperada.

Esquivo a la compañía de la gente, imaginativo y desequilibrado, soñaba con los árboles de la Chesnaie, con las severas costas de su Bretaña.

Romántico y sentimental, si en esa época, cuando se vio en la encrucijada de dos caminos, se le hubiera acercado un alma joven, «hermana de la suya, que uniese a la piedad la caridad, a la inteligencia, la ciencia, y poseyera ese atractivo indescriptible que añaden la gracia y la belleza, ¿habría resistido el encanto? Es permitido dudar. Un día tuvo un encuentro semejante, y sufrió cruelmente: era demasiado tarde...»

Es tan delicado ese punto, que he sentido la necesidad de no ser yo quien lo diga; y cito las palabras dolorosas de uno de los que mejor han escrito sobre el desventurado Lamennais, el abate Boutard.

Esa amable figura de mujer no apareció en la encrucijada del camino.

Lamennais, acosado por consejeros piadosos, pero imprudentes y faltos de mundo, sentía el bochorno de haber suscitado ilusiones que no era capaz de cumplir.

Nuestro orgullo es tan sutil que se disfraza a veces de humildad. Renunciamos a la propia voluntad, entregando a otros la dirección de nuestros asuntos, no porque tengamos confianza en que lo harán mejor, sino por no cargar con un posible fracaso nuestro y poder acusarlos después si se equivocan.

Preferimos entregarnos exteriormente, antes de confesar la desorientación interior.

En los momentos de lucidez y de humilde franqueza, confiaba sus escrúpulos al abate Teyseyre, al abate Carrón, sus dos consejeros, a su hermano Juan. Y ellos lo tranquilizaban: eran fantasmas de la imaginación y se disiparían una vez que diera el paso decisivo.

Recibió las órdenes menores y el sub-diaconado, a fines de 1815, y los fantasmas lo asediaron más.

El abate Teyseyre escribe a Juan: «Vuestro excelente hermano vive sin gusto y sin consuelo. Ha recibido el sub-diaconado como víctima: tiene todo el mérito del amor, sin gustar sus dulzuras. Y así recibirá el diaconado y el sacerdocio, como un niño que se deja conducir, sacrificando todas las repugnancias de la naturaleza y los más espaciosos razonamientos de la imaginación».

---

<sup>2</sup> Después de la Revolución Francesa (que se había cobrado varios miles de sacerdotes) la Iglesia bajó un poco la exigencia en la “elección” de sus miembros y varios llegaron al sacerdocio de los cuales no deberían haberlo hecho nunca: Lamennais es un ejemplo del error y el Cura de Ars, una excepción. Dios sabe sacar incluso de los males, bienes (nota mía).

¡Como un niño! El desventurado se dejaba conducir como un niño, y sus piadosos consejeros alababan su mansedumbre.

Desconfiemos de los que así se entregan exteriormente, para tener después el secreto desquite de enrostrar a otros el fracaso. Esa aparente humildad es orgullo refinado.

Después del subdiaconado, Lamennais se consideró – lo dice en sus cartas – «una víctima atada al poste del sacrificio».

Temporadas de exaltación mística mantenían la ilusión de sus consejeros.

Así llegó el día fatal. Cerró los ojos y se lanzó al abismo insondable.

¡*Tu es sacerdos in aeternum*! Eres sacerdote para toda la eternidad, y aun en el infierno tendrás las manos consagradas. Los demonios mismos no se te acercarán sin un estremecimiento de horror y de veneración ante la suprema dignidad impresa en tu alma y en tu carne.

Por larga que sea la vida de un sacerdote, el sol de su primera misa la sigue iluminando hasta el final. Día radiante, sin comparación con las otras delicias del mundo; día todo de fe, de esperanza y de caridad, fue para Lamennais el más amargo y sombrío.

La víspera de la ordenación, el abate Teyseyre le escribió: «Vais a la ordenación como una víctima al sacrificio. El altar santo está desnudo de ornamentos; el cáliz embriagador ha perdido sus delicias... Nosotros hemos celebrado nuestra primera misa sobre el monte Tabor, y vos lo celebraréis sobre el Calvario».

Esto quiere decir que sus íntimos consejeros sabían la repugnancia que Lamennais sintió hasta la víspera misma por el sacerdocio.

¡Ciegos e imprudentes! ¿Por qué no se detuvieron allí? ¿Por qué se empeñaron en consumir aquel atroz sacrificio? Y él, la víctima, ¿por qué tentó a Dios desafiándolo para que enmendara el funesto error que otros cometían en su nombre?

Capilla de las Feuillantines. *Impasse* de la calle del *faubourg Saint Jacques*. Marzo de 1816. ¡Primera misa de Lamennais!

Asistido por sus dos consejeros Carrón y Teyseyre, subió al altar. En cierto momento su rostro se cubrió de un mortal sudor. Cuenta él mismo que oyó distintamente una palabra: «Te llamo a llevar mi cruz; nada más que mi cruz.»

¡Y qué cruz, Dios santo, fue la del infortunado sacerdote!

Como un animal indómito, a quien por sorpresa marcan a fuego, su primera intención fue de huir a los bosques solitarios. Ante lo irrevocable, se refugia en un silencio hostil, que rompe de tiempo en tiempo con una queja impresionante.

Vive en las Feuillantes, en casa del abate Carrón.

Este escribe a Juan: «Vuestro hermano os habrá desgarrado el corazón con su carta... Está como el profeta suspendido por un cabello sobre el abismo de la desesperación... Lleva su obediencia hasta celebrar misa casi todos los días, «no obstante el horror que parece tener del sacerdocio».

La carta a que alude aquí el buen abate es realmente un extraño y doloroso documento:

«Aunque el abate Carrón me manda callar acerca de mis sentimientos, yo creo poder y deber explicarme contigo una vez por todas. Soy y no puedo menos de ser extraordinariamente desgraciado... Tengo 34 años cumplidos, he visto la vida bajo todos sus aspectos, y no me dejaría engañar otra vez por las ilusiones que quieren infundirme. No pretendo hacer reproches a nadie; hay destinos inevitables; pero si yo hubiera sido menos débil y menos confiado, mi posición sería muy distinta. En fin, es lo que es, y lo mejor que puedo hacer es dormirme al pie del poste en que han remachado mi cadena, feliz si puedo lograr que nadie venga con fatigosos pretextos a despertarme».

Lamennais seglar, como debió permanecer, habría sido un genial apologista de la religión, a lo José de Maistre. Sus errores no hubieran tenido la trascendencia que les dio el sacerdocio.

Lamennais sacerdote comenzó en la exasperación de una vocación forzada, para acabar en la desesperación de la apostasía.

Antes de referir las etapas dolorosas que le condujeran allí, especialmente la escena de la última misa, cuyo centenario ha transcurrido en silencio,

Repitamos las palabras de Roussel: «Lamennais es una de las víctimas más nobles y lamentables de las mejores intenciones del mundo».

*Buenos Aires, mayo 31 de 1933.*

### **LA ÚLTIMA MISA DE LAMENNAIS<sup>3</sup>**

A mano izquierda, en el camino de Diñan a Comburg (Francia), había hasta no hace mucho un bosque de castaños, por entre cuyos bronceados troncos divisábanse las paredes blancas de una capilla.

La casa antigua, edificada sobre las ruinas de un castillo feudal, es la famosa Chenaie («el Encinar»), donde Lamennais escribió algunos de los libros que lo hicieron llamar «el último Padre de la Iglesia», y también las *Palabras de un creyente*, que provocaron su definitiva ruptura con Roma.

En esa capilla y ese altar, hace de esto un siglo, en la Pascua de 1833, celebró su última misa. Ese día, bajo la dulce primavera bretona, y sin que lo advirtieran los sencillos paisanos que asistían al santo sacrificio, comenzó la más honda tragedia espiritual del siglo XIX, cuya última escena sería aquella lágrima misteriosa que corrió por las mejillas del apóstata moribundo.

En el artículo anterior, al referirnos a la primera misa de Lamennais, hemos contado que se ordenó cediendo al imprudente celo de dos amigos sacerdotes, y que sintió el horror de su falta de vocación desde que sus manos quedaron consagradas *in aeternum*, ¡hasta la eternidad!

---

<sup>3</sup> HUGO WAST, *Obras Completas*, Ediciones Fax, Madrid 1957, 1164-1168.

Releamos su carta desgarradora al abate Juan, su hermano, días después de ordenarse: «Soy extraordinariamente desgraciado... No hago reproches a nadie... Hay destinos inevitables; pero si yo hubiera sido menos débil y confiado, mi posición sería muy distinta. En fin, lo mejor que puedo hacer es dormirme al pie del poste en que han remachado mi cadena».

Celebró su primera misa en marzo de 1816, y la última en 1833.

Su apostasía no tuvo origen ni en la codicia ni en la sensualidad, como ocurre en otros. Su verdadero enemigo, infinitamente más grande y peligroso, no fue un gusano de su carne, sino la úlcera del alma, el orgullo. Amaba entrañablemente a la Iglesia Romana y quería depurarla y engrandecerla; mas para ello necesitaba dirigirla, esto es, que todos los fieles y sus pastores y el Papa mismo escucharan la voz de aquel pobre y tímido sacerdote periodista que manejaba el estilo de los profetas desde las columnas de un diario.

Tenía el orgullo del bien. El mismo dice en los comentarios de su hermosa traducción del Kempis:

«¿Acaso te han encargado a ti que gobiernes mi Iglesia? Deja este cuidado a los que dirigen mi espíritu... ¿No serán tus ideas y tus vistas personales las que tú pretendes defender, más bien que mi Iglesia...? Una de las más peligrosas tentaciones es la del orgullo del bien... Entonces ocurren las caídas terribles, que sorprenden y consternan; las caídas inesperadas, pavorosos ejemplos de los juicios de Dios... Guárdate del orgullo, padre del odio, de la envidia, de la falsa seguridad y de la obstinación. Salido del abismo, vuelve a caer en él: lo que después vendrá es el secreto de la eterna justicia». (*Imitación de Cristo*, Reflexiones, libro III.)

La sutileza de estas razones demuestra que Lamennais se estudiaba a sí mismo y describía su batalla interior entre la gracia y el orgullo. Presentía su caída mucho antes que ocurriera y denunciaba su mal con la secreta esperanza de conjurarlo.

La publicación del primer tomo del *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión* (1817), le da una extraordinaria celebridad. En pocas semanas se venden 40.000 ejemplares: causa estupor que un sacerdote católico hable a su siglo con tanta audacia. Hasta el Papa le presta oídos.

¡Ay! La gloria le causa una secreta inquietud. «Todos los momentos de placer – escribe a su hermano – que me ha procurado este libro, puestos juntos, no alcanzan a dos horas. Y, en cambio, ¡qué de fatigas y disgustos! ¡Qué pérdida irreparable de mi tranquilidad para el pasado y para el porvenir!».

Pero su libro realiza milagros. Muchos, después de su lectura, vuelven a las ideas y a las prácticas católicas. Una de esas conversiones llega a ser un peligro para aquella alma ardiente y romántica.

Madame Lacan, joven y hermosa dama, lo admira y quiere conocerle. Una amistad se inicia. Los consejos del joven sacerdote – tiene 36 años –, severos y llenos de unción, acaban por convertirla, pero le inspiran una pasión confusa, en que se mezclan la admiración al genio y el amor al hombre.

Lamennais mismo se siente atraído. Tiene miedo de amar con su pobre corazón de carne, harto inclinado a los afectos vivos y a la melancolía.

«Algunas veces me inquieto por la vivacidad de mis sentimientos hacia las personas que amo – escribe a Juan. Creo, empero, que subordinando mis afectos a la voluntad de Dios, lo que luego pueda mezclarse de demasiado vivo es una debilidad de nuestra naturaleza, que el Señor mira con piedad y no nos imputa».

¿Quién no advierte el peligro de estas concesiones, cuando es uno mismo el actor y el juez, el penitente y el moralista?

Lamennais continúa viviendo en compañía del abate Carrón, que fue uno de los que lo decidieron al sacerdocio, y es siempre su consejero. El viejo abate examina el caso, percibe el riesgo de aquella amistad con Madame Lacan y decide a su amigo a cortarla, espaciando las visitas.

Lamennais obedece, con una docilidad infantil.

En 1819 escribe así a un amigo: «La pobre (Madame Lacan) sería feliz si no me hubiera conocido. Hay en mí un fondo de dolor que desborda sobre todo lo que me rodea...».

Permitámonos una sonrisa: no pasa un año y «la pobre Madame Lacan» contrae un segundo matrimonio: en adelante se llamará Madame Cottu.

Claro está que si Lamennais hubiera sido libre, «el pobre Monsieur Cottu» se habría tenido que casar con otra.

Después de la muerte del abate Carrón. Lamennais se refugia en la Chenaie, donde escribe el segundo tomo del Ensayo sobre la indiferencia.

Allí le siguen algunos discípulos: Gerbert, Montalembert, Maurice de Guérin, Lacordaire.

Vida casi claustral. Se levantan a las cinco de la mañana. Lamennais celebra la misa. Luego se desayuna en su pieza, con un potaje de patatas, único alimento que tolera su estómago, y se entrega al estudio.

Escribe sin tachar nada, en un elegante papel dorado en los cortes. Lee a los filósofos alemanes. Aprende idiomas. Conversa con sus discípulos, o sueña, en solitarios paseos bajo los árboles.

Su salud es siempre mediocre o mala. Se enferma; llega a tal gravedad que le imparten la extremaunción y la absolución de los moribundos.

- ¡Tengo ansias de morir...!—alcanza a articular.

Abren la ventana para que el agonizante pueda respirar.

- ¡Qué hermosa luna! – le dice alguien; y él responde con los labios secos:

- ¡Quiera Dios que sea mi última noche!

¡Cuántas veces aquellos mismos discípulos no habrán lamentado años después que no fuera así, en verdad!

Se restableció lentamente. Su humor era agrio, pero su corazón, extremadamente sensible.



Para aliviar la pobreza de sus vecinos, y aunque él mismo vivió siempre entre apreturas y deudas, acometió en la Chenaie trabajos importantes, plantaciones, caminos, un gallinero, un nuevo jardín.

Cierto día de Carnaval vio que su cocinera preparaba una abundante comida. A él le bastaba su sopa ordinaria. ¿Para quién aquel festín? Mandó llamar a los trabajadores y él mismo les sirvió la mesa.

Gustábale con pasión la música religiosa. Cuando al anochecer reuníanse en la capilla, para la bendición, uno de sus discípulos, el abate Gerbert, cantaba el himno de todos los santos.

Lamennais se transfiguraba. Inclínaba la cabeza, y por sus austeras mejillas corrían lágrimas silenciosas

En el verano de 1824 va por primera vez a Roma, donde reina León XII, que le hace preparar una pieza en el Colegio Romano, a cargo de los jesuitas.

Se dice que será preconizado cardenal. No ocurre eso, y Lamennais vuelve a Francia y se mezcla en la batalla política como apologista católico.

El clero, que había sufrido tanto bajo la revolución, protegido ahora por Carlos X se siente solidario del trono y asocia imprudentemente, en los sermones de los párrocos y hasta en las pastorales de los obispos, los intereses de la religión a los de la monarquía.

Lamennais se indigna: la religión no debe apoyarse en el trono vacilante de un rey, sino en la inmutable cátedra del Papa. Tiene mil veces razón, pero en sus panfletos hay un timbre revolucionario que no deja de alarmar al mismo a quien defiende.

Un día en la Chenaie conversa con su íntimo amigo el gran abogado Berryer. Aquel hombre de genio lo escucha subyugado, más de pronto lo detiene:

- ¡Basta! ¡Me dais miedo! Preveo que llegaréis a ser jefe de una secta y que haréis mucho mal.

- ¿Yo, jefe de una secta? ¿Renegar de la Iglesia de Jesucristo? Preferiría volver al vientre de mi madre.

Mil ochocientos treinta. La revolución de julio ha tumbado a Carlos X y puesto en su lugar a Luis Felipe, germina expresión de la masonería.

Desolación del mundo católico. Indiferencia de Lamennais, para quien la religión no tiene nada que ver con un cambio de reyes.

Sin embargo, las revoluciones de Francia han demostrado invariablemente la profunda verdad de aquella palabra de Donoso Cortés: «En el fondo de toda cuestión política hay una cuestión religiosa».

Fatigado Lamennais del silencio de los bosques, se instala de nuevo en el trepidante París y funda un periódico, «El Porvenir», con la colaboración de Montalembert y de Lacordaire.

Los católicos galaicos, que pretendían hacer una iglesia nacional más atada al rey que al Papa, acusaron a Lamennais de incitar los pueblos a la revolución, so pretexto de defender el dogma.

Bajo los golpes del ardiente apóstol sucumbiría el nefasto galicanismo. Pero él también.

La exageración de sus argumentos lo condujo al error. Creíase investido de una misión providencial. Parecíale que la voz de Dios dictaba a sus oídos palabras que las gentes, del Papa abajo, tenían que recibir de su pluma.

Estaba intacta aún su fe, pero disminuía la piedad, que es el lastre de la vida exterior. Mientras más altas son las velas que el navio entrega a los vientos, más sólida debe ser la quilla.

El Papa, a solicitud del poeta Lamartine, y en atención a las muchas tareas de Lamennais, le había dispensado del breviario.

Aquella hora y media que cada día invertía en el rezo, que a muchos les parecía intolerable y estéril, la dedicaría a escribir páginas magníficas, para gloria de la Iglesia.

También la misa, que con la preparación y la acción de gracias llega a una hora completa, tomábale demasiado tiempo; y no tardó en dejar de celebrar todos los días.

Rara vez se ponía sotana. Usaba un levitón gris, pantalón corto, medias negras. «Se le tomaría por un sacristán», decía Lacordaire.

En la economía que rige el misterioso mundo de las almas, cuando empieza a faltar la oración empieza también a faltar la gracia. El alma abandona a Dios, y éste la deja librada a sí misma.

El año 31 hallamos a Lamennais en Roma, con Lacordaire y Montalembert.

Las duras campanas de El Porvenir le han valido innumerables enemigos en el campo católico, y él quiere que el Papa se pronuncie por sí o por no: ¿es o no es ortodoxa su doctrina? Si no lo es, se someterá como fiel católico. Pero si lo es, ¡ay de los vencidos!

Gregorio XVI no quiere dejarse forzar la mano, y a duras penas otorga una audiencia a Lamennais, con la advertencia de que no se hablará del asunto.

El impetuoso polemista sale decepcionado y humillado. Y cuando el cardenal Pacca le deja entrever que el Papa desaprueba sus doctrinas, hace a sus amigos de Francia confidencias graves e indiscretas: «El Papa no es más que un buen religioso, pío, dispuesto a soportarlo todo, pero viejo e ignorante del estado del mundo y de la Iglesia, incapaz de ninguna iniciativa y entregado a consejeros ambiciosos, cupidos, cobardes como un estilete, ciegos e imbéciles, como los eunucos del Bajo Imperio. He ahí el gobierno de este país. He ahí a los que lo dirigen».

El cardenal Pacca tuvo noticias de estas cartas e invitó a Lamennais, en nombre del Papa, a regresar y esperar en Francia el fallo de Roma.

«Mis enemigos, respondió Lamennais, quieren apuñalarme por la espalda. No partiré. Me quedaré».

Y Lacordaire repuso: «Yo obedeceré y partiré.» Poco después también Lamennais partió, irritado y resuelto a proseguir sus ruidosas batallas. Pero a mitad de camino (30 de agosto de 1832) lo alcanzó un correo de Roma con la famosa encíclica *Mirari vos*, que condenaba sus doctrinas.

«Los santos preceptos de la religión condenan la detestable insolencia y la malicia de los que, inflamados en el ardor inmoderado de una libertad audaz, se aplican con todas sus fuerzas a conmover y aniquilar los derechos de los gobiernos, mientras que, en el fondo, no ofrecen a los pueblos más que la servidumbre bajo la máscara de la libertad».

Al leer estas palabras Lamennais cayó como fulminado: «He aquí mi recompensa por tanta lucha en favor de la libertad de Dios y de su Iglesia».

El golpe era tanto más doloroso, cuanto que llenaba de perversa alegría a sus adversarios. Empero, Lamennais se sometió, y como un águila herida se refugió en sus bosques bretones.

Allí, bajo los queridos árboles que él mismo plantara, lo sorprendió la Pascua del año 33. Sintió un florecimiento de su devoción, y dispuso extraordinarios preparativos.

Los pocos amigos fieles que lo rodeaban, los obreros de los campos vecinos, los aldeanos, viéronlo subir a su altar con la palidez de quien sube al patíbulo.

Sus manos de sacerdote realizaron por última vez el milagro de la consagración, y levantaron luego el Cuerpo y la Sangre de Cristo en el cáliz de oro.

Al día siguiente uno de sus íntimos lo halla pensativo, junto a un árbol detrás de la capilla. Con su bastón dibuja una tumba sobre el césped y dice: «Aquí quiero que me entierren, sin una piedra; sólo un banco de césped».

¡El desventurado había perdido la fe! Lo cual no le impidió firmar ese año tres solemnes declaraciones de sometimiento a Roma.

A la misma Roma pontificia, que pintaba así en carta a la condesa de Senft; (noviembre de 1832): «Roma, la más infame cloaca del mundo. Allí no hay más Dios que el interés; allí venderían a los pueblos, venderían al género humano, venderían las tres personas de la Santísima Trinidad por algunas piastras».

El 30 de abril del año 34, un año después de su última Pascua, apareció su libro *Palabras de un creyente*, especie de suicidio del sacerdote, pues provocó su ruptura con la Iglesia.

La voz, de Roma no se hizo esperar, y fue una condenación de la obra, en la encíclica *Singulari nos*.

Esta vez Lamennais no se sometió. Respondió con sarcasmos: «La palabra que antes removía el mundo no conmovería hoy a una escuela de niños... Este Papa cierra una época».

Se imaginaba que el catolicismo romano estaba herido de muerte y que Gregorio XVI sería el último Papa.

Perdido para la Iglesia, se entregó a la política y a una vaga religión de la humanidad, con la cual reemplazó los dogmas netos y definitivos que abandonara.

Los que relatan la historia de los veinte años que aun vivió, nos pintan la insondable tristeza de su vida. Enfermo, pobre, taciturno, inquieto, cerrado a toda confianza, hostil a todo consuelo, huía de París a la Chenaie y pronto se hastiaba de la soledad del campo, y volvía a la ciudad.

A fines de 1853 corrió la noticia de su muerte, y eso lo decidió a redactar su testamento:

«Quiero ser enterrado entre los pobres y como los pobres, y que no se ponga nada sobre mi tumba, ni siquiera una piedra. Mi cuerpo será llevado directamente al cementerio, sin presentarlo en ninguna iglesia».

A principios de 1854 se enfermó gravemente: todos, comenzando por él mismo, comprendieron que iba a morir. Dos sacerdotes intentaron visitarlo: uno de ellos, el Padre Ventura, su gran amigo de otros tiempos.

Lamennais contestó: «Ya sé a qué vienen esos señores: no quiero recibirlos».

Madame Cottu, aquella dama que se convirtió con la lectura de sus obras, acudió a visitarlo, ansiosa de convertirlo a su vez.

- ¿No es cierto – le dijo ella, arrodillándose al lado de su cama, tomándole la mano – que este corazón que os habla es el que más os ha querido?

- Sí – respondió él –, y yo también os amo de todo corazón.

- ¿Me permitís que me quede a cuidaros?

- Estoy bien cuidado.

- ¿Queréis que vuelva a veros?

- Sí, eso me agrada.

- Entonces, vendré esta noche.

Pero algunos de sus nuevos amigos montaron guardia alrededor de su lecho, «para que los jesuitas no se apoderasen del filósofo».

Los raros parientes que pudieron acercársele no lograron quedarse a solas con él. La penúltima noche, su sobrina predilecta, Madame Kertanguy, se atrevió a decirle:

- Feli, ¿quieres un sacerdote?

- ¡No!

- Te suplico, Feli...

- ¡No, no, no! ¡Dejadme en paz!

A las cinco de la mañana llamó a uno de sus albaceas, a quien había confiado la publicación de sus escritos póstumos.

- Sed enérgico. Tratarán de engañaros: no cedáis; publicad todo, todo, sin cambiar una coma.

Pasó el día en pleno uso de su inteligencia, preocupado solamente por aquellos papeles que dejaba inéditos.

Un rayo del frío sol de invierno, el 27 de febrero, penetró en su cuarto, hasta su lecho. Quisieron correr la cortina, y él se opuso: «Dejadlo; viene a buscarme».

Fueron sus últimas palabras. Murió algunas horas después. En el último instante, una gruesa lágrima se desprendió de sus ojos y rodó por su árida mejilla.

El secreto de esa lágrima. Dios lo sabe. Juan de Lamennais, el hermano del gran escritor, que no pudo llegar a tiempo, sintió el horror de aquella muerte impía y aquella tumba de sacerdote, sin cruz.

Voló a la casa fraterna de la Chenaie, y, desesperado, fue a golpear con la frente los cristales del aposento de Feli.

- Feli, mi querido Feli: ¿dónde estás ahora?

Santo Tomás de Aquino sostiene que en el instante en que el alma del moribundo se desprende de su cuerpo, antes que llegue a la presencia de Dios, una luz sobrenatural la ilumina y le muestra todos sus pecados. El impenitente, que se humilla, puede convertirse, sin que ningún signo exterior denuncie aquel milagro de la gracia.

Para terminar con alguna esperanza esta lúgubre pintura de la muerte de un apóstata, citemos una tierna página suya, sacada de una de sus obras ascéticas: *Guía de la primera edad*.

Es una tocante oración a la Virgen:

«¡Oh, Madre mía, yo os amo más que a mí mismo; yo os amo, después de Dios, más que a todas las cosas, y quiero amaros eternamente!

Pero ¡ay! todavía me encuentro lejos de Vos, lejos de vuestro Hijo, expuesto en esta Tierra a muchos peligros, presa de muchos dolores; protegedme, consoladme, y cuando venga la hora de mi muerte, endulzad para mí el tránsito, reanimad mi fe, mi esperanza, poned palabras de amor en mis labios desfallecidos, y colocad vuestra mano sobre mi corazón, cuyo último latido, ¡oh, Madre mía!, será para Vos y para mi Jesús.»

Aquella inexplicable, última lágrima de Lamennais, ¿brotó acaso al sentir la maternal y omnipotente mano de la Virgen sobre su viejo corazón?

*Buenos Aires, setiembre 17 de 1933.*